VI El MUNDIAL DE ESCRITURA

Balcones del Edén

Por: Myriam Cerón de Sandoval
José Robeiro Polanco Arias
Fundación Iberoamericana para la
Investigación Científica y Socioeducativa FIP
Popayán, Cauca, Colombia noviembre 08 de 2021

Mientras florecían los lirios y los guayacanes amarillos en el parque de Caldas, llovía en el Pacífico caucano… este misterioso fenómeno de la naturaleza, me había llevado a concluir que, tenía una explicación científica de igual manera que, los bellos y embriagantes atardeceres de esta ciudad. Hasta hace un tiempo, en la cátedra de Geografía nos enseñaban que, el motivo de los bellos atardeceres, se debía a la humedad de la atmósfera la cual, traspasaba los rayos solares y descomponía la luz dando como resultado, al igual que el arco iris, una gama de diferentes colores pero, con tonalidades amarillo, anaranjado, lila, violeta encendido o rojo escarlata bajo un cielo de ensueño que invitaba a los poetas a crear en versos su poesía, a los pintores a plasmar en sus obras los atardeceres, a los músicos a componer sus partituras musicales, a los fotógrafos a capturar los mejores momentos y a sus habitantes a extasiarse con sus bellos paisajes.

Los investigadores descubrían que los hermosos atardeceres de la ciudad, se generaban por los vientos del Sahara los cuales alimentaban al Amazonas; ellos eran los directos responsables de los distintos colores del atardecer que cambiaban con la refracción a medida que el planeta giraba sobre su eje. Las ricas arenas del desierto cargada de minerales llegaban con la abundante lluvia que generaba la selva tropical, a la vez que las partículas más livianas alcanzaban los límites de la atmósfera por encima de las nubes para lograr los efectos visuales que le daban un especial atractivo a esta ciudad.

Los primeros rayos de nuestra estrella madre generadora de vida, atravesaban los vitrales de los ventanales coloniales; ellos acariciaban cálidamente mi rostro indicándome que un nuevo día había comenzado. Así, lo sentían variedad de pajaritos amarillos o de color canela que, con sus trinos alegraban el colorido paisaje. Salía al balcón... el azul celeste que me regalaba el Planeta, me dejaba ver los cirros que a la distancia se apreciaban en los límites de la refracción y que, marcaban el inicio de un inmenso Océano del universo por descubrir... era el mismo que me invitaba a mirar más allá de la pálida luna y las estrellas que se perdían en el firmamento... no existía dios, ni ángeles, ni arcángeles, ni serafines, ni diablo y menos demonios. Allá, escondida tras el resplandor seguía ella, vigilante gobernando con su fuerza gravitacional nuestras vidas, las siembras, las cosechas y las mareas; también, acaecía un lugar para la fuerza del guerrero Marte y hacia el otro costado Venus brillaba en el amanecer diciéndome: estoy

aquí, te estoy mirando ¡Oh, maravilla de mujer! Que el cosmos te ha premiado como gestora de la humanidad.

Instantes después, elevaba la mirada hacia el oriente, admiraba como aún se perfilaban al amanecer las montañas de la cordillera central, mientras que, al otro extremo ocurría lo mismo en la occidental con las cuales terminaba la cadena de Los Andes protectores y proveedores de soberanía alimentaria. La gélida brisa del volcán con su tenue nieve, nutría la vegetación del cerro más cercano, en otrora, deforestado por las grandes haciendas esclavistas surgidas en la economía feudal decadente, la que fue trasladada de la remota España. En este mundo, apenas se alcanzaba a divisar el mirador de Las Tres Cruces, porque el abundante bosque únicamente dejaba ver los florecidos guayacanes amarillos que adornaban y salvaguardaban la brillantez de sus habitantes, su cultura, su historia, su geografía, sus leyes y sus letras que germinaban en las calles.

Mientras una torcaza abría un ala sentada sobre las tejas de barro para recibir el calor del astro rey, los vientos cálidos perfumaban nuevamente el aire con el delicioso olor a café... ambrosía del Sahara que surgía con mejores aromas en el clima húmedo tropical de estas sagradas tierras... de los adoradores del Sol y la Luna... de los constructores de caminos y calles empedradas de sinigual belleza. ¡Oh, digno néctar! Que nutrías mis palabras y mis días de soledad.

Al cruzar la esquina, me encuentraba con un recuerdo colonial; era el primer acueducto de la ciudad que, cerca de 500 años funcionaba como desde sus inicios. Centenares de familias dependían de los chorritos de *La Pamba*, cuidadosamente protegidos por la mampostería con decoraciones y gradería... seguramente así evitaba las inundaciones a la vez que, facilitaba el acceso de sus habitantes al preciado líquido ¡Semilla de vida!

Caminaba y respiraba: historia, conocimiento y letras. Me encuentraba con los espíritus de los grandes hombres y mujeres que erigieron este país, a la poderosa Gobernación que ante la soberbia e intriga de la capital, no podía comprender como su monarquía se desvanecía frente al auge económico, político y territorial de este suelo maravilloso, el Edén. Aquí estaba todo; gran parte de las nuevas generaciones, no alcanzaban a comprender su señorío, mucho menos mentes retardatarias quienes seguían enceguecidas por un libro sagrado de la colonialidad. Gran parte de los tesoros de la ciudad iban a parar a la debilitada ciudad de Sevilla y al Museo del Vaticano.

Era la historia, era la grandeza, era el honor de una ciudad... en el Panteón de los Próceres reposaban los restos de quienes construían a Colombia y también de quienes ofrendaban su vida ante la invasión y posterior pérdida de Panamá ¡Ésta maravilla era la ciudad de la eternidad! Las musas que adornaban la cultura, me hacían recordar el surgimiento de occidente, del humanismo de la gran Atenas y Grecia en su conjunto, el siglo de oro de Pericles que aún se podía encontrar en uno de sus museos. También el vanguardismo en su máxima expresión bajo la obra de Edgar Negrete, la cual estaba

intacta; no era Nueva York donde se exhibía su arte; era ¡El Edén! Donde brotaban las ideas, el buen gobierno y la artística para engrandecer a la humanidad.

¡Sonaban campanas de oro! Me asomaba al balcón, un brillante coche de ébano, tirado por un caballo adornado cruzaba frente a mis ojos, en él, la novia con sus notorios atuendos saludaba a los transeúntes, la felicidad de encontrar al amor de su vida había llegado. La plaza principal sembrada de lirios amarillos, que junto a los guayacanes coloridos de sus avenidas daban realce a los movimientos de resistencia con impacto nacional de campesinos, indígenas y afrodescendientes, quienes marcaban el derrumbamiento de las reformas lesivas de las malas políticas del centralismo.

A lo lejos, se escuchaba el eco y temblaban las calles de la ciudad. El fuerte sonido del Tambor Mayor indicaba que el desfile había comenzado. Los faroles que alumbraban a la multitud dejan ver la solemnidad de una tradición del siglo XVI, sus grandes casonas blancas y, sus balcones florecidos brindaban a los turistas unos días más de encuentro con la historia. Así, pasaba con toda su gala de honor la *Banda Marcial de la Policía Metropolitana;* más de un centenar de uniformados que con diferentes tipos de marchas y con brillantes instrumentos, daban inicio a la semana mayor. Poco a poco, iban apareciendo las imágenes muy bien preservadas y la cantidad de tesoros conservados, ante la vista atónita de los visitantes, también desfilaba cantidad de oro, plata, esmeraldas, rubíes y otras piedras preciosas que, mostraban el poderío económico de un pujante territorio el cual era duramente golpeado por los conflictos políticos, al ver cómo desde los estados soberanos se podía gobernar mejor que desde el centralismo que arruinaba el país.

Ahí estaba yo, junto a un amigo especial que me había invitado a otra parada. Los lirios amarillos de la plaza principal no dejaban de florecer y otros árboles frondosos, danzaban al sonar de distintos instrumentos de un grupo étnico que, había sido invisibilizado tras la caída del esclavismo. Ellos estaban diciendo ¡Nosotros sobrevivimos, nosotros construimos la hermosa ciudad, merecemos el espacio que nos ha negado historia! Sus ritmos pegajosos, poco a poco comenzaban a poner de pie a los asistentes que no alcanzaban a comprender lo que estaba ocurriendo.

Pasaba frente a la casa del Mejor Presidente de Colombia y pensaba ¡Oh, cual sería nuestra suerte, si tus ideas no hubieran sido usurpadas por los radicales y ultraconservadores, quienes dividían y regalaban el territorio para acabarte y acabarnos! Tú seguías viviendo en cada uno de los que creíamos y valorábamos lo que con tú vida y tus manos fuiste capaz de construir. No me imaginaba, la profunda tristeza que pudiste sentir cuando tu último descendiente nacido en cuna de oro se lanzaba, como tú lo hiciste, tiempo atrás en las justas libertadoras para darnos un mejor vivir; él, digno de tu sangre en este caso, por defender la educación pública; este valeroso joven entregaba su mirada y con toda dignidad estaba frente al poder para pedir un lugar universitario para miles de jóvenes, a quienes el Estado les negaba ese derecho, esa congruencia social. Las balas de la ambición y las brujas del mal, apagaban su luz.

Las estirpes emancipadoras, las estirpes que volaban con sus alas de libertad, para dar rienda suelta a sus imaginarios, a sus sueños y a sus utopías estaban aquí y, florecían cada día como la luz que nos irradiaba y que nos invitaba a ser mejores personas; esa luz que nos hacía ver más allá, esa brillantez que nacía en sus calles y casonas adornadas de balcones coloniales, donde el tiempo no se detenía como algunos lo consideraban, sino que buscaban en sus profundas raíces para lograr la comprensión y el equilibrio con la naturaleza. Este era ¡El Edén! ¡Este era el paraíso! ¡Cómo te he logrado querer mi bella, culta, histórica, universitaria, ciudad de Popayán! Tú había sido creada para que floreciera la humanidad ¡Oh, Popayán de mi corazón!

Epílogo

ELEGÍA A POPAYÁN

Poesía

Por Myriam Cerón de Sandoval

Mi bella Popayán
¡Oh, virgen del amanecer!
que adornaron tu frente,
inmaculadas rosas en el atardecer;
muselinas doradas, dibujaron tu cuerpo de diosa,
y, Apolo se extasió al mirarte como hada grandiosa.

Cuando del morro miras sobre las leves faldas;
tus lomas reverdecen cual verdes esmeraldas.
Por el sur; ingresando Belalcázar, ansioso,
tu hermoso y fértil valle conquistó victorioso.

Del cerro Las Tres Cruces, sobre el monte
la escuálida figura se dibuja del Quijote,
que cabalga sobre tu ancho suelo
deslumbrado por las perlas del riachuelo.

Tu albergaste en su seno a Caldas y a Torres con sus glorias
y el mundo conmovido escucha sus historias;
cantándole a tus hijos te sorprendió Valencia
escribiendo hermosos versos con total transparencia.

¡Popayán!
Te adoramos por linda, gloriosa y sonriente,
hermosa y ausente cual bella durmiente;
con tu belleza eterna de sinigual escultura,
a los dioses, encanta tu sin par hermosura.

Tú piel marmórea, tus negros ojos bellos,
y tu mirada enigmática, irradian destellos,
y, enmarca tu linda cabellera;
tu hermoso rostro ¡Cuál quimera!

Con tu rostro virginal y en tus labios
eternizas el numen que bebieron los sabios
irradias en tu rostro idílica sonrisa
que, pintaba en lienzo, envidiaría Monna Lissa.

¡Popayán!
Tú sinigual belleza admiramos con goces;
tú beatífico sueño vigilan los dioses;
tú frente engalanada con los rosados lotos
nos predicen tus sueños, futuros ignotos...

¡Popayán!
Villa de campanarios y casonas de paredes blancas;
madre nutricia de poetas, mártires y santos,
de las "cigüeñas blancas"
de los "lánguidos camellos"
vagando taciturnos a sus exilios.

¡Popayán!
¡Oh, ciudad blanca y fecunda!
de románticos idilios...